



# Tomás de Aquino

---

## DE VERITATE, 7 El libro de la vida

Traducción de Ángel Luis González

CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO

SERIE UNIVERSITARIA

156



TOMÁS DE AQUINO

DE VERITATE, CUESTIÓN 7

EL LIBRO DE LA VIDA

Traducción de Ángel Luis González



CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO • SERIE UNIVERSITARIA

Angel Luis González  
DIRECTOR

Luis Enrique Álvarez  
SECRETARIO

ISSN 1137-2176  
Depósito Legal: NA 2382 - 2002  
Pamplona

Nº 156: Tomás de Aquino, *De Veritate*, cuestión 7. *El libro de la vida. Traducción de Ángel Luis González*

© 2002. Ángel Luis González

**Redacción, administración y petición de ejemplares**

CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Navarra  
31080 Pamplona (Spain)

**<http://www.unav.es/publicaciones/cuadernos>**

E-mail: [cuadernos@unav.es](mailto:cuadernos@unav.es)  
Teléfono: 948 42 56 00 (ext. 2316)  
Fax: 948 42 56 36

SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S.A.  
EUROGRAF NAVARRA, S.L. Polígono Industrial, calle O, nº 31. Mutilva Baja. Navarra



## ÍNDICE

1. Si el libro de la vida es algo creado .....	5
2. Si el libro de la vida se dice en lo divino de modo esencial o personal .....	11
3. Si el libro de la vida se apropia al Hijo.....	15
4. Si el libro de la vida se identifica con la predestinación.....	17
5. Si el libro de la vida hace referencia a la vida increada.....	19
6. Si el libro de la vida puede decirse de la vida natural en las criaturas .....	23
7. Si el libro de la vida puede decirse lisa y llanamente respecto de la vida de la gracia .....	27
8. Si puede hablarse de libro de la muerte lo mismo que se habla de libro de la vida.....	31
9. Si puede borrarse alguna cosa del libro de la vida.....	35







## ARTÍCULO 1

### Si el libro de la vida es algo creado

La cuestión versa sobre el libro de la vida. Y en primer lugar se pregunta si el libro de la vida sea algo creado. Parece que sí.

OBJECIONES. 1. Sobre el texto de *Apocalipsis* 20, 12, 'Fue abierto también otro libro, el de la vida', la glosa señala: "a saber, Cristo, el cual entonces aparecerá poderoso y dará la vida a los suyos"; ahora bien, Cristo, en el juicio, aparecerá en forma humana, la cual no es algo increado; en consecuencia, el libro de la vida no expresa nada increado.

2. Además, S. Gregorio en *Las Morales* afirma que 'se llama libro de la vida al juez mismo que ha de venir, y por eso cada uno le verá, al punto volverá a traer a la memoria todas las cosas que hizo'; ahora bien, a Cristo se le ha dado el poder de juzgar según su naturaleza humana, como es patente por *Juan* 5, 27: "Le dio potestad de juzgar por ser Hijo del hombre"; por tanto, Cristo según su naturaleza humana es el libro de la vida; y de esta manera se concluye lo mismo que antes.

3. Además, se denomina libro por cuanto es susceptible de recibir la escritura; pero algo se dice susceptible de recibir por cuanto procede de la potencia material, que en Dios no puede existir; por consiguiente, el libro de la vida no expresa algo increado.

4. Además, un libro, por el hecho de llevar consigo una cierta colección, designa distinción y diferencia; pero en la naturaleza increada, que es simplísima, no se halla ninguna diversidad; por tanto no puede allí hablarse de libro.

5. Además, en cualquier libro la escritura del libro difiere del libro mismo; por su parte la escritura del libro son los signos con los que se conocen las cosas que pueden leerse en el libro, mientras que las ideas con las que Dios conoce las cosas no son otra cosa que la esencia divina; en consecuencia, la naturaleza increada misma no puede ser llamada libro.

6. Pero podría señalarse que, aunque en la naturaleza divina no exista diferencia real alguna, sin embargo hay en ella alguna diferencia según la razón.- Por el contrario, aquello que es solamente según la razón existe únicamente en nuestro intelecto; si, por tanto, la diferencia que el libro requiere es únicamente según la razón, es pertinente que el libro de la vida exista solamente en nuestro intelecto, y de esa manera no podrá ser algo increado.

7. Además, parece que el libro de la vida es el conocimiento divino de los que se salvarán; ahora bien, el conocimiento de los que han de ser salvos se contiene bajo la ciencia de visión; en efecto, viendo el alma de Cristo en el Verbo todas las cosas que Dios conoce por ciencia de visión, parece también que conozca el número de los elegidos y a todos los elegidos; por consiguiente, el alma de Cristo puede denominarse libro de la vida, y de esta manera expresa algo creado.

8. Además, en *Eclesiástico* 24, 32 se dice: 'Todo esto es el libro de la vida', y la glosa señala: "es decir, el Nuevo y el Antiguo Testamento"; ahora bien, el Nuevo y el Antiguo Testamento son algo creado; luego el libro de la vida expresa algo creado.

9. Además, parece que se llama libro aquello en lo que está escrito algo; ahora bien, la escritura requiere una cierta diversidad, y por eso también nuestro intelecto, en su comienzo, a causa de su pureza se compara 'a una tabla en la que no hay nada escrito'; ahora bien, la naturaleza divina es mucho más pura y simple que nuestro intelecto; por tanto, no puede ser llamada libro.

10. Además, el libro está para que se lea en él; pero no puede decirse que la naturaleza divina sea un libro porque él mismo lea en sí mismo, como es claro por lo que dice S. Agustín, quien afirma que no se llama libro de la vida porque lea en sí mismo algo con el fin de conocer en sí mismo algo que previamente no conocía; de modo semejante, no puede ser llamado libro porque alguien distinto lea en él; nadie, en efecto, puede leer algo más que si ahí se encuentra alguna diversidad, lo mismo que en una hoja no escrita no puede leerse nada por causa de su uniformidad; en consecuencia, la naturaleza divina increada no puede ser denominada libro.

11. Además, por el libro no se aferra el conocimiento de las cosas como por la causa de las cosas, sino como por un signo; ahora bien, en Dios se aferra el conocimiento de las cosas no como por un signo sino como por su causa; por tanto, el conocimiento divino no puede llamarse libro de la vida.

12. Además, nada es signo de sí mismo; pero el libro es signo de la verdad; por tanto, siendo Dios la misma verdad, no puede ser llamado libro.

13. Además, el libro y el maestro son principio de la ciencia de manera diversa; ahora bien, toda sabiduría se dice que procede de Dios como de un maestro; y por tanto no como de un libro.

14. Además, las cosas se representan en un espejo y en un libro de modo distinto; pero Dios, en *Sabiduría* 7, 26, es llamado espejo, por cuanto todas las cosas están representadas en él; luego no puede o debe ser llamado libro.

15. Además, los libros que son transcritos son también llamados libros por respecto a un libro original; pero las mentes de los hombres y de los ángeles en cierto modo son transcritas por la mente divina por cuanto por ella reciben el conocimiento sobre las cosas; si, pues, la mente divina se llama libro de la vida, también las mentes creadas deben llamarse libros, y de esa manera el libro de la vida no siempre expresa algo increado.



16. Además, parece que el libro de la vida comporta la representación de la vida y una cierta causalidad en orden a la vida; pero todo esto conviene a Cristo en cuanto hombre, porque también en él, como en el ejemplar, se representa toda la vida de la gracia y de la gloria, y de ahí que fue dicho a Moisés, *Exodo 25, 40*: “Vete y haz todas las cosas según el modelo que te ha sido mostrado en el monte”; de modo semejante él mismo mereció para nosotros la vida; por tanto, el mismo Cristo en cuanto hombre puede ser llamado libro de la vida.

POR EL CONTRARIO. 1. Está lo que afirma S. Agustín en el libro XX de *La ciudad de Dios*: “debe considerarse divina toda fuerza que produce que a cada uno retornen a la memoria sus obras buenas o malas, y sin duda esta fuerza divina tomó el nombre de libro”; ahora bien, la fuerza divina es algo increado; en consecuencia, también el libro de la vida expresa algo increado.

2. Además, S. Agustín afirma en el mismo libro que “el libro de la vida es la presciencia divina, la cual no puede equivocarse”; pero la presciencia es algo increado; por tanto también el libro de la vida.

RESPUESTA. Hay que afirmar que ‘libro’ no se puede decir, en lo que se refiere a lo divino, más que de modo metafórico, de modo tal que la misma representación de la vida pueda denominarse libro de la vida. Y respecto a esto debe saberse que la vida puede representarse de una doble manera; de un modo, la misma vida en sí misma, y en un segundo modo en cuanto es participable por algunos. La vida en sí misma, a su vez, puede ser representada de dos maneras; la primera por modo de doctrina, cuya representación corresponde especialmente al oído, que es en grado máximo el sentido del estudio, como se afirma en el inicio de *El sentido y lo sensible*; y según este modo se denomina libro de la vida aquello en lo que se contiene la doctrina para conseguir la vida; y de esa manera el Nuevo y el Antiguo Testamento son llamados libro de la vida. En una segunda manera, por modo de ejemplar, y esta representación ciertamente pertenece al ver; y así el mismo Cristo es llamado libro de la vida, porque en él, como en el ejemplar, podemos ver de qué manera se debe vivir para alcanzar la vida eterna.

Ahora bien, aquí no tratamos del libro de la vida más que en lo concerniente a que el libro de la vida es denominado la representación de aquellos que alcanzan la vida, de quienes se afirma que están inscritos en el libro de la vida según una cierta semejanza con las cosas humanas. En efecto, en cualquier multitud que es regida por la providencia de un gobernante, a esa multitud no es admitido nadie si no es por medio de la ordenación del gobernante; y por eso aquellos que deben ser admitidos en el colegio de la multitud serán inscritos como copartícipes de la misma multitud; y a partir de esa inscripción

se rige el príncipe de la multitud a la hora de admitir o excluir al consorcio de la multitud a él sujeta. Ahora bien, la multitud que de modo eminentísimo es gobernada por la providencia divina es la reunión de la Iglesia triunfante, que también es denominada en las Escrituras 'Ciudad de Dios'; y por ello la inscripción de aquellos que deben ser admitidos a esa sociedad, es decir como representación, se llama libro de la vida; esto es claro a partir del modo de hablar de las Escrituras; se dice, en efecto, en *Lucas* 10, 20: "Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el libro de la vida, en los cielos", e *Isaías* 4, 3: "Será llamado santo todo aquel que está escrito en la vida en Jerusalén"; y en *Hebreos* 12, 22: "Os habéis allegado a la ciudad del Dios viviente, a la Jerusalén celestial, y a la numerosa reunión de muchos miles de ángeles, y a la Iglesia de los primeros que están inscritos en los cielos". Por tanto, es preciso, para seguir con la semejanza, que quien preside a tal multitud se dirija a conferir la vida a partir de esa inscripción, y esto solamente conviene a Dios; él, por su parte, no es dirigido por algo creado, por ser la regla no dirigida por ninguna cosa extrínseca; por eso, el libro de la vida, en consonancia con lo que ahora hablamos de él, expresa algo increado.

RESPUESTAS A LAS OBJECIONES. 1 - 2. A lo primero y a lo segundo la respuesta es clara a partir de lo dicho; en efecto, la glosa y el testimonio de S. Gregorio hablan del libro de la vida según otra acepción, según la cual se llama ejemplar del vivir, mirado el cual, cada uno podrá saber en qué concuerda con el ejemplar y en qué no concuerda.

3. A lo tercero hay que afirmar que en aquellas cosas que se dicen de Dios de modo traslaticio es preciso observar con carácter general que en la predicación a lo divino se toman sin imperfección alguna; y en consecuencia hay que suprimir todo lo que pertenece a la materialidad, a la privación y a la temporalidad. Ahora bien, que el libro sea susceptible de alguna impresión extraña, le conviene al libro en cuanto es temporal y escrito por primera vez; y según esto no procede una atribución a lo divino.

4. A lo cuarto hay que decir que pertenece a la razón de libro el tener la diferencia de las cosas que se conocen por medio del libro, ya que por medio de un solo libro se proporciona el conocimiento de muchas cosas; pero que para proporcionar el conocimiento de muchas cosas sea preciso que en el mismo libro haya diversidad procede de la imperfección del libro; el libro, en efecto, sería mucho más perfecto si pudiese con una sola cosa enseñar todo lo que ha hecho conocer mediante muchas. Por eso, siendo Dios la suma perfección, él mismo es ese libro que muestra muchas cosas por medio de lo que es uno en grado máximo.

5. A lo quinto hay que afirmar que se debe al defecto del libro material el hecho de que las letras escritas en él difieren de la hoja en la que se han escrito; esto, en efecto, pertenece a su composición, de la que resulta que lo que



tiene no es lo que ha tenido; y por tanto en Dios tales nociones de las cosas no difieren realmente de su esencia, sino según la razón.

6. A lo sexto hay que decir que, aunque la diversidad entre la escritura y aquello en lo que está escrito sea solamente de razón, sin embargo la representación que completa la naturaleza de libro no está sólo en nuestra razón, sino también en Dios; y por consiguiente el libro de la vida está realmente en Dios.

7. A lo séptimo hay que afirmar que el libro de la vida, como se ha dicho, posee la característica de dirigir a Dios, que da la vida, en el hecho de dar la vida; ahora bien, aunque el alma de Cristo posea en sí misma el conocimiento de todos los que han de salvarse, sin embargo Dios no está regido por ese conocimiento, sino por el conocimiento increado que es él mismo; por eso, la ciencia del alma de Cristo no puede ser llamada libro de la vida en el sentido en que estamos hablando aquí.

8. A lo octavo es patente la respuesta a partir de lo dicho.

9. A lo noveno hay que afirmar que, aunque en Dios no exista diversidad alguna sino la suma pureza, sin embargo puede compararse a un libro escrito y no, como nuestro intelecto, a una hoja no escrita; nuestro intelecto, en efecto, se compara a una tabla rasa por estar en potencia a todas las formas inteligibles y no tener ninguna de ellas en acto; pero en el intelecto divino todas las formas de las cosas están en acto y todas son en él una sola cosa, y por consiguiente la razón de escritura está presente allí con uniformidad.

10. A lo décimo hay que decir que en el libro de la vida también el mismo Dios lee, y los demás pueden leer en cuanto les sea dado. Tampoco S. Agustín pretende negar que Dios lea en el libro de la vida, sino únicamente afirmar que no lee para conocer cosas que antes no conocía; y los demás, a su vez, pueden leer en él, aunque sea enteramente uniforme, por cuanto según una sola e idéntica cosa es la razón de las cosas diversas.

11. A lo undécimo hay que afirmar que la semejanza de una cosa es doble; una, la ejemplar, y ésta es la causa de la cosa; otra, en cuanto es según el ejemplar, y ésta es efecto y signo de la cosa. Ahora bien, el libro en nosotros se conforma a nuestra ciencia, que es causada por las cosas; por tanto, por él se tiene conocimiento de las cosas no como por su causa sino como por su signo; en cambio, la ciencia de Dios es causa de las cosas, conteniendo las semejanzas ejemplares de las cosas, y por tanto la ciencia se aprende del libro de la vida como por su causa y no como por su signo.

12. A lo duodécimo hay que decir que el libro de la vida es la misma verdad increada y es la semejanza de la verdad creada, lo mismo que el libro creado es signo de la verdad.

13. A lo decimotercero hay que afirmar que en Dios la causa ejemplar y la eficiente son lo mismo, y por tanto por el hecho de ser causa ejemplar puede llamarse libro; y en cambio por el hecho de ser causa eficiente de la sabiduría puede llamarse maestro.

14. A lo decimocuarto hay que decir que la representación del espejo difiere de la representación del libro en que la representación del espejo se refiere a las cosas inmediatamente, y en cambio el libro por medio del conocimiento; en efecto, en el libro se contienen las figuras que son signos de las palabras, las cuales son signos de los conceptos, que son semejanzas de las cosas. Ahora bien, en Dios las especies de las cosas son de los dos modos, por cuanto él conoce las cosas y conoce que las conoce; y por eso se encuentra en él tanto la razón de espejo como la de libro.

15. A lo decimoquinto hay que decir que también las mentes de los santos pueden llamarse libros, como es claro por *Apocalipsis* 20, 12: “Se abrieron los libros”, lo cual S. Agustín refiere a los corazones de los justos; sin embargo no pueden ser definidos libros de la vida según el modo dicho antes, como es patente por lo señalado.

16. A lo decimosexto hay que afirmar que, aunque Cristo en cuanto hombre sea de alguna manera ejemplar y causa de la vida, sin embargo como hombre no es causa de la gloria por autoridad, ni tampoco es el ejemplar que dirige a Dios al proporcionar la vida; por ello, en cuanto hombre no puede llamarse libro de la vida.



## ARTÍCULO 2

### Si el libro de la vida se dice en lo divino de modo esencial o personal

En segundo lugar se pregunta si el libro de la vida se diga en lo divino de modo esencial o personal. Y parece que personal.

OBJECIONES. 1. En el *Salmo* se dice: 'En el inicio del libro está escrito sobre mí', y la glosa afirma: "cabe el Padre, que es mi inicio"; pero en la divinidad nada tiene inicio mas que lo que tiene principio; y lo que en la divinidad tiene principio se dice de modo personal; en consecuencia, el libro de la vida se dice de modo personal.

2. Además, lo mismo que la palabra expresa el conocimiento que procede de otra cosa, igualmente también el libro, ya que la escritura del libro procede del escritor; pero la palabra, por la razón ya señalada, se dice de la divinidad en modo personal; por tanto también el libro de la vida.

3. Pero, se podría objetar que la palabra lleva consigo un proceso real, y en cambio el libro de la vida solamente un proceso de la razón.- Pero, por el contrario, nosotros no podemos nombrar a Dios más que a partir de aquellas cosas que están en nosotros; ahora bien, lo mismo que en nosotros la palabra procede de uno que la pronuncia realmente distinto de ella, igualmente también el libro respecto del escritor; por consiguiente, por la misma razón ambos llevarán consigo en la divinidad una distinción real.

4. Además, la palabra vocal dista más del que la pronuncia que la palabra del corazón, y todavía más la palabra escrita, que significa la palabra vocal; si, pues, el Verbo divino, que es asumido a semejanza de la palabra del corazón, como afirma S. Agustín, se distingue realmente del que la pronuncia, a mayor abundamiento el libro, que lleva consigo la escritura.

5. Además, lo que se atribuye a alguien es preciso que le convenga según todo lo que pertenece a su noción; pero a la razón de libro pertenece no sólo que represente algo, sino también que sea escrito por alguien; por tanto, también en la divinidad se toma el nombre de libro en cuanto procede de otro, y de esa manera se dice de modo personal.

6. Además, lo mismo que es propio de la noción de libro el hecho de que sea leído, igualmente también que sea escrito; pero en cuanto es escrito procede de otro, y en cambio en cuanto es leído dice referencia a otro; en consecuencia, pertenece a la noción de libro el ser por otro y decir referencia a otro, y por tanto el libro de la vida se dice de modo personal.



7. Además, el libro de la vida señala el conocimiento expreso por otro; pero lo que es expresado por otro nace de él; por tanto, el libro de la vida lleva consigo una relación de origen, y de esa manera se dice de modo personal.

**POR EL CONTRARIO.** Está que el libro de la vida es la misma predestinación divina, como afirma S. Agustín en su libro *La ciudad de Dios*, y como se señala en la *Glosa sobre Apocalipsis* 20, 12; ahora bien, la predestinación se dice siempre en modo esencial y jamás de modo personal; por tanto también el libro de la vida.

**RESPUESTA.** Hay que decir que algunos han afirmado que el libro de la vida en unas ocasiones se dice de modo personal, y en otras ocasiones de modo esencial; en cuanto es transferido a las cosas divinas por razón de la escritura, se dice de modo personal; a tenor de esto, en efecto, comporta el origen a partir de otro, pues el libro efectivamente no es escrito más que por otro; en cambio, en cuanto comporta una representación de las cosas que están escritas en el libro, se dice de modo esencial. Pero esta distinción no parece ser racional porque un cierto nombre predicado de Dios no se dice de modo personal a no ser que por su naturaleza comporte una relación de origen, precisamente en lo que se produce la predicación divina. En cambio, en las cosas que se dicen de manera traslaticia, no se toma la metáfora según una semejanza cualquiera, sino según una conveniencia en aquello que pertenece a la propia naturaleza de la cosa cuyo nombre es transferido; lo mismo que el nombre de león no es aplicado a Dios a causa de la conveniencia que existe en lo sensible, sino a causa de la conveniencia en alguna propiedad del león; por eso, también el libro de la vida no se aplica a lo divino según lo que es común a los artefactos, sino según lo que es propio del libro en cuanto es libro. Ahora bien, proceder de un escritor conviene al libro no en cuanto es libro, sino en cuanto es un artefacto; así también una casa procede de un constructor y un cuchillo de un fabricante; en cambio, la representación de las cosas que están escritas en el libro pertenecen a la propia naturaleza del libro en cuanto tal; por ello, permaneciendo tal representación, incluso si el libro no fuese escrito por otro, ciertamente sería libro, pero no sería un artefacto. De ahí que sea patente que el libro no se aplica a las cosas divinas por el hecho de que lo haya escrito otro, sino porque representa lo que está escrito en el libro; y por eso, siendo la representación común a toda la Trinidad, el libro en las cosas divinas no se dice de modo personal, sino solamente de modo esencial.

**RESPUESTAS A LAS OBJECIONES.** 1. A lo primero hay que decir que lo que en lo divino se dice de modo esencial alguna vez se refiere a las perso-

nas; por eso, este nombre Dios en ocasiones se refiere a la persona del Padre, y en ocasiones a la persona del Hijo, como cuando se dice Dios generante y Dios engendrado; e igualmente también el libro aunque se diga de modo esencial, sin embargo puede aplicarse a la persona del Hijo, y según esto se dice que en lo divino hay un inicio o principio.

2. A lo segundo hay que afirmar que en lo divino la palabra, según su propia razón, lleva consigo un origen de otro, como se ha señalado en la cuestión *Sobre el Verbo*; el libro, en cambio, no comporta por su naturaleza propia un origen según el cual pueda referirse a lo divino, y por tanto no se trata de algo semejante.

3. A lo tercero hay que decir que, si bien el libro en nosotros procede realmente de un escritor lo mismo que una palabra de quien la pronuncia, sin embargo esa procesión no está incluida en el nombre de libro lo mismo que sí lo está en el nombre de la palabra; en efecto, el proceder de un escritor no está incluido en el nombre de libro más que lo que lo está el proceder de un constructor en el nombre de la casa.

4. A lo cuarto hay que afirmar que esa argumentación sería válida si en la naturaleza propia del libro estuviese la noción de palabra escrita; pero esto no es verdadero, y por ello la argumentación no es concluyente.

5. A lo quinto hay que afirmar que esa argumentación es válida para aquellas cosas que se dicen en sentido propio; en cambio, para aquellas cosas que se dicen en sentido metafórico, como el libro, no es preciso que convenga con aquello de lo que se predica según todas las cosas que le convienen de modo propio; en caso contrario sería preciso que Dios, que es llamado león de manera metafórica, poseyese garras y pelos.

6. A lo sexto es claro por lo señalado.

7. E igualmente respecto a lo séptimo.





## ARTÍCULO 3

### Si el libro de la vida se apropia al Hijo

En tercer lugar se pregunta si el libro de la vida pueda apropiarse al Hijo. Y parece que no.

OBJECIONES. 1. El libro de la vida pertenece a la vida; pero la vida se atribuye al Espíritu Santo en las Escrituras, *Juan* 6, 64: “El Espíritu es quien vivifica”; por tanto, también el libro de la vida debe apropiarse al Espíritu Santo y no al Hijo.

2. Además, en cada cosa el principio es muy relevante; pero el Padre es llamado comienzo o principio del libro, como es patente en el *Salmo*: “En el inicio del libro está escrito de mí”; por tanto, el nombre de libro deber ser apropiado al Padre.

3. Además, aquello en lo que se escribe algo tiene propiamente la naturaleza de libro; pero se dice que en la memoria se escribe algo; luego la memoria tiene razón de libro; ahora bien, la memoria se apropia al Padre, lo mismo que la inteligencia al Hijo y como la voluntad al Espíritu Santo; en consecuencia, el libro de la vida debe apropiarse al Padre.

4. Además, el inicio del libro es el Padre; pero en el inicio del libro, como se señala en el *Salmo*, se escribe sobre el Hijo; por tanto, el Padre es el libro del Hijo, y de esa manera el libro debe apropiarse al Padre.

POR EL CONTRARIO. 1. Está lo que afirma S. Agustín, que “el libro de la vida es la presciencia de Dios”; pero la ciencia se apropia al Hijo, como se dice en I *Corintios*, 1, 24: “Cristo virtud y sabiduría de Dios”; por consiguiente, el libro de la vida se apropia al Hijo.

2. Además, el libro comporta una representación, lo mismo que también un espejo, una imagen, una figura y un carácter; pero todas estas cosas se atribuyen al Hijo; por tanto, también el libro de la vida debe apropiarse al Hijo.

RESPUESTA. Hay que afirmar que apropiar no es otra cosa que transferir lo común a lo propio. Ahora bien, lo que es común a toda la Trinidad no pue-



de transferirse a lo propio de una persona por el hecho de que algo conviene más a una persona que a otra —esto efectivamente repugnaría a la igualdad de las personas—, pero por el hecho de que lo que es común posee mayor semejanza con lo que es propio de una persona que con lo que es propio de otra; de ese modo la bondad tiene una cierta conveniencia con lo que es propio del Espíritu Santo, el cual procede como amor; en efecto, la bondad es objeto del amor, y por eso se apropia al Espíritu Santo. Y de modo semejante la potencia se apropia al Padre, puesto que la potencia en cuanto tal es un cierto principio; es propio del Padre ser principio de toda la deidad. Y por la misma razón la sabiduría se apropia al Hijo, porque tiene conveniencia con lo que es propio suyo; en efecto, el Hijo procede del Padre como verbo, lo cual designa la procesión del intelecto. Por eso, perteneciendo el libro de la vida al conocimiento, debe apropiarse al Hijo.

RESPUESTAS A LAS OBJECIONES. 1. A lo primero, pues, hay que afirmar que, aunque la vida se apropie al Espíritu Santo, el conocimiento de la vida se apropia al Hijo; y es ésta la que comporta el libro de la vida.

2. A lo segundo hay que decir que el Padre es llamado inicio del libro no porque la razón de libro le convenga a él más que al Hijo, sino porque el Hijo al que se apropia el libro de la vida procede del Padre.

3. A lo tercero hay que afirmar que no es inadecuado que algo se apropie a diversas personas por diversas razones; por ejemplo, el don de la sabiduría se apropia al Espíritu Santo en cuanto es don, pues en efecto el principio de todo don es el amor, pero se apropia al Hijo en cuanto es sabiduría; de manera semejante también la memoria se apropia al Padre en cuanto es principio de la inteligencia, y en cambio en cuanto es una cierta potencia cognoscitiva se apropia al Hijo; y en este modo se dice que algo viene escrito en la memoria, y de esa manera la memoria puede tener razón de libro. Por eso, también el libro se apropia más al Hijo que al Padre.

4. A lo cuarto hay que decir que, aunque el libro de la vida se apropie al Hijo, sin embargo también conviene al Padre, por ser común y no propio; y en consecuencia no es inadecuado decir que hay algo escrito en el Padre.



## ARTÍCULO 4

### **Si el libro de la vida se identifica con la predestinación**

En cuarto lugar se pregunta si el libro de la vida se identifica con la predestinación; y parece que sí:

**OBJECIONES.** 1. S. Agustín afirma que el libro de la vida es la predestinación de aquellos a los que corresponde la vida eterna.

2. Además, conocemos los atributos divinos por sus efectos; pero el efecto de la predestinación y del libro de la vida es el mismo, a saber, la gracia final y la gloria; en consecuencia, la predestinación y el libro de la vida son lo mismo.

3. Además, todo lo que se dice de lo divino de modo metafórico es preciso reducirlo a algo propiamente dicho; pero el libro de la vida se dice de lo divino de modo metafórico, como es claro por lo señalado; por consiguiente, es necesario reducirlo a algo propiamente dicho. Pero no puede ser reducido a otra cosa que a la predestinación; por tanto, el libro de la vida es idéntico a la predestinación.

**POR EL CONTRARIO.** 1. El libro se dice del hecho de que en él está escrito algo; pero la razón de la escritura no hace referencia a la predestinación; por tanto, la predestinación no es lo mismo que el libro de la vida.

2. Además, por su naturaleza, el libro no comporta causalidad alguna respecto de aquellas cosas de las cuales se dice, y en cambio la predestinación sí; en consecuencia, la predestinación no es idéntica al libro de la vida.

**RESPUESTA.** Hay que afirmar que, como es manifiesto por lo dicho, el libro de la vida se dice en lo divino a semejanza de la escritura, mediante la cual el príncipe de la ciudad se regula a la hora de admitir o excluir a alguien de la pertenencia a su ciudad. Esta escritura se encuentra en medio de dos operaciones; sigue, en efecto, a la determinación del príncipe mismo, que elige a los que quiere admitir y a los que quiere excluir, y precede a la misma admisión o exclusión; la escritura señalada, en efecto, no es sino una cierta representación de su predeterminación. Igualmente también el libro de la vida

no parece ser otra cosa que una cierta inscripción de la predestinación divina en la mente divina; predestinando, en efecto, Dios predetermina a los que han de ser admitidos a la vida de la gloria; pero este conocimiento de la predestinación permanece siempre en él, y el conocer que él ha predestinado a algunos es idéntico con que su predestinación está escrita en él como en el libro de la vida. Por tanto, el libro de la vida y la predestinación formalmente hablando no son lo mismo, pero materialmente el libro de la vida es la predestinación misma; lo mismo que decimos, materialmente hablando, que este libro es la doctrina del Apóstol, porque la doctrina del Apóstol se contiene escrita en él; y de esta manera habla S. Agustín cuando afirma que el libro de la vida es la predestinación.

RESPUESTA A LAS OBJECIONES. 1. La respuesta a la primero es patente.

2. A lo segundo hay que decir que, aunque el libro de la vida y la predestinación hacen referencia al mismo efecto, sin embargo no del mismo modo; la predestinación hace referencia a ese efecto de modo inmediato, y en cambio el libro de la vida mediante la predestinación; lo mismo que también en el alma existen las semejanzas de las cosas de modo inmediato, y en cambio en el libro son escritos los signos de las palabras, que son indicio de las pasiones en el alma; y así el libro es un signo de la cosa de manera mediata.

3. A lo tercero hay que decir que el libro de la vida puede reconducirse a algo que se dice de modo propio en lo divino; pero esto no es la predestinación, sino el conocimiento de la predestinación, por la que Dios conoce a quienes ha predestinado.

A aquellas cosas que pueden objetarse en contra no sería difícil responder.





## ARTÍCULO 5

### Si el libro de la vida hace referencia a la vida increada

En quinto lugar se pregunta si la vida haga referencia a la vida increada. Parece que efectivamente.

OBJECIONES. 1. Como afirma S. Agustín, “el libro de la vida es el conocimiento de Dios”. Pero Dios lo mismo que conoce la vida de los demás, conoce igualmente la suya; por tanto, el libro de la vida hace referencia también a la vida increada.

2. Además, el libro de la vida es una representación de la vida; pero no de la vida creada; lo primero, en efecto, no representa a lo segundo, sino al revés; en consecuencia el libro de la vida es representación de la vida increada.

3. Además, lo que se dice de muchas cosas –dicho de una en primer lugar, y de otra en segundo lugar– se entiende pura y simplemente de aquello que se dice en primer lugar; pero la vida se dice en primer lugar de Dios antes que de las criaturas, porque su vida es el origen de toda vida, como ha demostrado Dionisio en el capítulo VI de su libro *Sobre los nombres divinos*; por tanto, nombrándose en el libro de la vida simplemente la vida, debe entenderse que se está hablando de la vida increada.

4. Además, como el libro comporta una representación, igualmente también la figura, máxime cuando el libro representa mediante algunas figuras; pero el Hijo se dice figura del Padre, como es manifiesto por *Hebreos* 1, 3; en consecuencia, también el Hijo puede decirse libro con respecto a la vida del Padre.

5. Además, el libro se dice por respecto de lo que está escrito en el libro; pero en el libro se escribe sobre el Hijo, según aquello del *Salmo*: “En el inicio del libro está escrito de mí”; ahora bien, la vida del Hijo es increada; luego el libro de la vida puede hacer referencia a la vida increada.

6. Además, no puede ser lo mismo, respecto de lo mismo, el libro y aquello de lo que es libro; pero la criatura es libro respecto de Dios; luego Dios no puede decirse libro respecto de la vida creada, y por tanto queda que el libro se diga por respecto de la vida increada.

7. Además, lo mismo que el libro pertenece al conocimiento, igualmente también la palabra; pero el Verbo es primariamente de la misma esencia divina más que de la criatura; el Padre, en efecto, diciéndose a sí mismo dice toda



criatura; en consecuencia también el libro de la vida hace referencia primariamente a la vida increada que a la creada.

**POR EL CONTRARIO.** 1. Según S. Agustín, el libro de la vida es la predestinación; pero la predestinación no hace referencia más que a las criaturas; luego tampoco el libro de la vida.

2. Además, el libro no representa algo más que por algunas figuras y semejanzas; pero Dios no se conoce a sí mismo por medio de algunas semejanzas sino por su esencia; por consiguiente, él no es libro respecto de sí mismo.

**RESPUESTA.** Hay que afirmar que, como es manifiesto por lo señalado, el libro de la vida es una cierta inscripción por medio de la cual el que confiere la vida se regula en la concesión de la vida a tenor de lo que estaba preordenado sobre alguno; y por tanto la vida por respecto a la cual se habla del libro de la vida, posee dos aspectos; uno es que es adquirida por medio de la concesión de alguien, y el otro consiste en que sigue a la predicha inscripción que puede dirigirse hacia sí misma. Ambas cosas faltan en la vida increada; en efecto, la vida de la gloria no está en Dios por medio de una adquisición, sino por naturaleza, y ni siquiera algún conocimiento precede a su vida, sino que la misma vida de Dios precede, según nuestro modo de entender, incluso a su conocimiento; por ello, el libro de la vida no puede decirse respecto de la vida increada.

**RESPUESTA A LAS OBJECIONES.** 1. A lo primero hay que decir que no cualquier conocimiento de Dios se llama libro de la vida, sino aquél que tendrán los predestinados, como puede verse por las palabras siguientes.

2. A lo segundo hay que afirmar que representar algo es contener su semejanza. Doble es la semejanza de la cosa; una, que es factiva de la cosa, como la que está en el intelecto práctico, y mediante el modo de esta semejanza lo que es primero puede representar a lo que es segundo; la otra es la semejanza recibida de la cosa de la que es semejante, y mediante este modo lo que es posterior representa a lo que es primero y no al revés. Ahora bien, el libro de la vida no de este modo sino del primero representa la vida.

3. A lo tercero hay que afirmar que lo que es dicho pura y simplemente se entiende a veces respecto de lo que es dicho con posterioridad por razón de algún añadido, como el ente que está en otro se entiende como accidente; y de manera semejante la vida, en razón de lo que se añade, a saber, el libro, se entiende de la vida creada, que se llama vida con posterioridad.

4. A lo cuarto hay que decir que la figura representa aquello de lo que es figura en cierto modo como principio, por el hecho de que la figura y la imagen se deducen del ejemplar como de su principio; pero el libro de la vida representa la vida como principiada por sí mismo. Ahora bien, a Dios le compete ser principio del Hijo, que es figura del Padre, pero no le compete a su vida que algo sea su principio; y por eso no es semejante para la vida y la figura.

5. A lo quinto hay que afirmar que lo señalado en el *Salmo* debe entenderse del Hijo según su naturaleza humana.

6. A lo sexto hay que afirmar que tanto la causa representa el efecto como el efecto a la causa, como es manifiesto por lo señalado; y según esto Dios puede ser llamado libro, y al revés.

7. A lo séptimo hay que decir que la palabra no debe entenderse como principio de aquello que es enunciado por medio de la palabra, como en cambio es entendido aquí el libro de la vida, y por tanto no es algo semejante.





## ARTÍCULO 6

### Si el libro de la vida puede decirse de la vida natural en las criaturas

En sexto lugar se pregunta si el libro de la vida se dice respecto a la vida natural en las criaturas. Y parece que sí.

OBJECIONES. 1. Lo mismo que la vida de la gloria está representada en el conocimiento de Dios, así también la vida de la naturaleza. Pero el conocimiento de Dios se dice libro de la vida con respecto a la vida de la gloria; por tanto, también debe decirse libro con respecto a la vida natural

2. Además, el conocimiento divino contiene todas las cosas según el modo de la vida ya que, como se dice en *Juan* 1, 3, “Lo que fue hecho, en él mismo era vida”; por tanto, debe llamarse libro de la vida respecto de todas las cosas, y de modo eminente de los vivientes.

3. Además, lo mismo que alguien es preordenado por la providencia divina a la vida de la gloria, igualmente también a la vida natural; pero el conocimiento de la preordenación a la vida de la gloria se denomina libro de la vida, como se ha dicho con anterioridad; en consecuencia, también el conocimiento de la preordenación a la vida natural se llama libro de la vida

4. Además, sobre el texto de *Apocalipsis* 3, 5 ‘No borraré sus nombres del libro de la vida’, afirma la glosa: “El libro de la vida es el conocimiento divino en el que subsisten todas las cosas”; por tanto, el libro de la vida se dice respecto de todo, e igualmente también de la vida de la naturaleza.

5. Además, el libro de la vida es un cierto conocimiento de la vida de la gloria; pero no puede conocerse la vida de la gloria si no se conoce la vida de la naturaleza. Por tanto, el libro de la vida hace referencia de modo semejante a la vida de la naturaleza.

6. Además, el nombre de vida es traspasado de la vida natural a la vida de la gloria; pero algo se dice de modo más verdadero de aquello a lo que se refiere de modo propio que de aquello que es traspasado de esto; por tanto, el libro de la vida hace referencia más a la vida natural que a la de la gloria.

7. Además, lo que es más permanente y más común es más noble; ahora bien, la vida natural es más permanente que la vida de la gloria o de la gracia, y de manera semejante es más común, puesto que la vida natural sigue a la vida de la gracia y de la gloria, pero no al revés; por tanto, la vida natural es más noble que la vida de la gracia o de la gloria; en consecuencia, el libro de



la vida se refiere más a la vida de la naturaleza que a la de la gracia o la de la gloria.

**POR EL CONTRARIO.** 1. El libro de la vida es en cierto modo la predestinación, como es manifiesto por lo que señala S. Agustín; pero la predestinación no es la vida natural; luego tampoco el libro de la vida.

2. Además, el libro de la vida versa sobre aquella vida que es dada de modo inmediato por Dios; pero la vida natural es dada por Dios mediante causas naturales; luego el libro de la vida no versa sobre la vida natural.

**RESPUESTA.** El libro de la vida es un cierto conocimiento que dirige el dador de la vida a la hora de conferir la vida, como ya se ha dicho. Ahora bien, en una cierta concesión no tenemos necesidad de una dirección excepto en el hecho de ser necesario discernir a aquellos a los que se debe conceder y aquellos a los que no se les ha de conceder; por eso, el libro de la vida no es más que por respecto a esa vida que se proporciona con la elección. En cambio, la vida de la naturaleza, lo mismo que los demás bienes naturales, es comúnmente proporcionada a todos en la medida en que cada uno es capaz; y por eso, respecto de la vida natural no hay libro de la vida, sino únicamente respecto de aquella vida que, a tenor del propósito de Dios que elige, es concedida a algunos y a otros no.

**RESPUESTA A LAS OBJECIONES.** 1. A lo primero, pues, hay que decir que, aunque la vida de la naturaleza esté representada en el conocimiento de Dios lo mismo que también la vida de la gloria, sin embargo el conocimiento de la vida de la naturaleza no tiene razón de libro de la vida como el conocimiento de la vida de la gloria, por la razón señalada antes.

2. A lo segundo hay que afirmar que el libro de la vida no es llamado libro que vive, sino libro que es de aquella vida a la que algunos que son inscritos en el libro son preordenados mediante una elección.

3. A lo tercero hay que decir que la providencia de Dios proporciona la vida a algunos como débito de su naturaleza, pero no provee la vida de la gloria más que por el beneplácito de su voluntad; y de esta manera concede la vida a todos cuantos pueden tomarla, pero no en cambio la vida de la gloria; y por eso no hay un libro de la vida de la naturaleza como sí lo hay de la vida de la gloria.

4. A lo cuarto hay que decir que esa glosa no hay que entenderla en el sentido de que todas las cosas subsistan, es decir, estén contenidas, en el libro de

la vida, sino en el sentido de que todas las cosas que en él están escritas subsisten, es decir, están puestas con firmeza.

5. A lo quinto hay que afirmar que el libro de la vida no sólo comporta un conocimiento respecto de la vida de la gloria, sino también una cierta elección, pero no respecto de la vida de la naturaleza, como se ha señalado.

6. A lo sexto hay que decir que la vida de la gloria nos es menos conocida que la vida de la gloria; y por tanto llegamos al conocimiento de la vida de la gloria desde la vida de la naturaleza. Y de modo semejante nombramos la vida de la gloria a partir de la vida de la naturaleza, aunque la vida de la gloria tenga más de la razón de vida, lo mismo que nombramos a Dios a partir de las cosas que existen junto a nosotros. De ahí que no sea preciso que el nombre de vida se entienda de la vida natural cuando es lisa y llanamente pronunciado.

7. A lo séptimo hay que decir que la vida de la gloria, en cuanto es en sí misma, es más permanente que la vida de la naturaleza, ya que por medio de la vida de la gloria se hace estable la vida natural, y únicamente de modo accidental la vida natural es más permanente que la vida de la gracia, a saber, en cuanto es más cercana al viviente, al cual según su propia esencia le es debida la vida natural pero no la vida de la gracia; en cambio es más común en cierto modo a la vida natural y en cierto modo no. En efecto, algo se dice común de una doble manera; una, por consecución o bien predicación, a saber, cuando algo uno se encuentra en muchos según una sola razón; y así lo que es común no es más noble sino más imperfecto, como el animal en el hombre, y de esta manera la vida natural es más común que la vida de la gloria. La segunda manera, por el modo de la causa, como por ejemplo la causa que permaneciendo una en número se extiende a muchos efectos; y de esta manera lo que es más común es más noble, como lo es la conservación de la ciudad que la conservación de la familia. Ahora bien, en esta manera la vida natural no es más común que la vida de la gloria.





## ARTÍCULO 7

### **Si el libro de la vida puede decirse lisa y llanamente respecto de la vida de la gracia**

En séptimo lugar se pregunta si el libro de la vida se diga pura y simplemente con respecto a la vida de la gracia. Y parece que sí.

OBJECIONES. 1. Lo que está en el efecto se encuentra de modo más noble en la causa, como es manifiesto por lo que señala Dionisio en su libro *Sobre los nombres divinos*; ahora bien, la gloria es efecto de la gracia; luego la vida de la gracia es más noble que la vida de la gloria; en consecuencia, el libro de la vida hace referencia de manera más principal a la vida de la gracia que a la vida de la gloria.

2. Además, el libro de la vida es una cierta inscripción de la predestinación, como más arriba fue señalado; pero la predestinación es una preparación a la vez de la gracia y de la gloria; por tanto, también el libro de la vida hace referencia a ambas vidas a la vez.

3. Además, por medio del libro de la vida algunos son designados como ciudadanos de aquella ciudad en que existe la vida; pero lo mismo que por medio de la vida de la gloria algunos se convierten en ciudadanos de la Jerusalén celestial, igualmente mediante la vida de la gracia uno se convierte en ciudadano de la Iglesia militante; en consecuencia, el libro de la vida hace referencia tanto a la vida de la gracia como a la vida de la gloria.

4. Además, lo que se dice de muchas cosas se entiende dicho, lisa y llanamente, de aquello de lo que se dice en primer lugar; pero la vida de la gracia es anterior a la vida de la gloria; por tanto, cuando se hable del libro de la vida se entiende referido a la vida de la gracia.

POR EL CONTRARIO. 1. El que posee de modo presente la justicia tiene lisa y llanamente la vida de la gracia; pero no se dice escrito pura y simplemente en el libro de la vida, sino solamente según un cierto aspecto, a saber, según la justicia que posee actualmente; por tanto, el libro de la vida no hace referencia pura y simplemente a la vida de la gracia.

2. Además, el fin es más noble que aquellas cosas que están dirigidas al fin; pero la vida de la gloria es el fin de la gracia; luego es más noble; por tanto, la vida simplemente dicha debe entenderse de la vida de la gloria, y así



el libro de la vida pura y simplemente no se refiere más que a la vida de la gloria.

RESPUESTA. Hay que afirmar que el libro de la vida significa una cierta inscripción de alguien en orden a obtener la vida como si fuera un cierto premio y como una cierta posesión; en efecto, los hombres han acostumbrado a ser inscritos en cosas de ese tenor. Ahora bien, propiamente se dice que algo se tiene como posesión lo que se tiene a voluntad, y esto es aquello en lo cual no se produce defecto alguno; por eso el Filósofo afirma en el principio de la *Metafísica* que la ciencia que trata de Dios “no es una posesión humana”, sino divina, ya que solamente Dios se conoce perfectamente a sí mismo, y en cambio el hombre al conocerse a sí mismo se encuentra deficiente; y por eso se tiene la vida como posesión cuando por medio de la vida se excluye todo defecto opuesto a la vida. Ahora bien, esto lo hace la vida de la gloria, en la que toda muerte, tanto la corporal como la espiritual, quedará completamente absorbida, de manera tal que ni siquiera permanezca la potencia de morir, y en cambio no lo hace la vida de la gracia; y por tanto el libro de la vida no hace referencia pura y simplemente a la vida de la gracia, sino solamente a la vida de la gloria.

RESPUESTAS A LAS OBJECIONES. 1. A lo primero hay que decir que algunas causas son más nobles que aquello de lo que son causas, como la causa eficiente, la formal y la final; y, por consiguiente, lo que existe en tales causas es más noble en ellas que aquellas cosas de las que son causas. Por el contrario la materia es más imperfecta que aquello de lo que es causa; y por tanto algo existe en la materia de manera menos noble que en lo que está constituido de materia; en la materia, en efecto, existe de modo incompleto y en potencia, mientras que en lo constituido de materia existe en acto. Toda disposición que prepara al sujeto para recibir alguna perfección se reduce a la causa material, y en este modo la gracia es causa de la gloria, y en consecuencia la vida está en la gloria de modo más noble que en la gracia.

2. A lo segundo hay que afirmar que la predestinación no hace referencia a la gracia más que en cuanto se ordena a la gloria; por eso, ser predestinado no conviene más que a aquellos que tienen la gracia final, a la que sigue la gloria.

3. A lo tercero hay que decir que, aunque aquellos que poseen la vida de la gracia sean ciudadanos de la Iglesia militante, sin embargo el estado de la Iglesia militante no es un estado en el que se posea plenamente la vida, puesto que todavía permanece la potencia de morir; y en consecuencia respecto de ese estado no se dice el libro de la vida.

4. A lo cuarto hay que decir que, aunque la vida de la gracia sea anterior en cuanto a la generación que la vida de la gloria, sin embargo la vida de la gloria



es anterior en cuanto a la perfección, lo mismo que el fin respecto de aquellas cosas que dicen orden al fin.





## ARTÍCULO 8

### **Si puede hablarse de libro de la muerte lo mismo que se habla de libro de la vida**

En octavo lugar se pregunta si se puede hablar de libro de la muerte lo mismo que se habla de libro de la vida. Y parece que sí.

OBJECIONES. 1. Sobre *Lucas* 10, 20 “Alegraos porque vuestros nombres”, etc., afirma la glosa: “Si alguno ha realizado obras celestes o terrestres, por ellas es anotado con unas a modo de escrituras e impreso de modo eterno con una memoria en Dios”; pero como por medio de las obras celestiales, que son obras de justicia, alguien se ordena a la vida, así por medio de las obras terrestres, que son obras del pecado, alguien se ordena a la muerte; por tanto, como en Dios está la inscripción ordenada a la vida, igualmente hay allí la inscripción ordenada a la muerte; en consecuencia, como en Dios existe el libro de la vida, del mismo modo debe en él existir el libro de la muerte.

2. Además, el libro de la vida se pone (en Dios) en cuanto que él mismo tiene inscritos en sí a los que ha preparado para los premios eternos, a semejanza de un príncipe terreno tiene inscritos a aquellos que ha determinado para algunas dignidades; pero el príncipe de una ciudad lo mismo que tiene descritas las dignidades y los premios, igualmente tiene también descritas las penas y los castigos; en consecuencia, también de modo semejante en Dios se debe poner el libro de la muerte.

3. Además, lo mismo que Dios conoce su predestinación con la cual ha dispuesto algunos para la vida, igualmente conoce su reprobación con la que dispone algunos para la muerte; ahora bien, el mismo conocimiento que Dios posee de su predestinación se llama libro de la vida, como se ha dicho; por tanto, también el conocimiento de la reprobación debe llamarse libro de la muerte.

POR EL CONTRARIO. Según afirma Dionisio, en el inicio del libro *Sobre los nombres divinos*, al principio, de lo divino no hay que atreverse a decir algo salvo que sea introducido por medio de la Sagrada Escritura; pero el libro de la muerte no se encuentra en la Escritura como sí se encuentra el libro de la vida; por tanto, no debemos establecer el libro de la muerte.



RESPUESTA. Hay que afirmar que de aquello que está escrito en el libro, uno posee un cierto conocimiento privilegiado respecto a otros; por eso, también con respecto de aquellos que son conocidos por Dios se debe hablar de libro sobre aquellos de los que posee un conocimiento especial respecto de otros. Ahora bien, en Dios existe un doble conocimiento, a saber, la ciencia de simple conocimiento y la ciencia de aprobación; la ciencia de simple conocimiento es común tanto a los buenos como a los malos, y en cambio la ciencia de aprobación es propia solamente de los buenos; y, por tanto, los buenos, a diferencia de los demás, poseen en Dios un cierto conocimiento privilegiado, razón por la cual se dicen inscritos en el libro, y no en cambio los malos. Y por consiguiente no se habla de libro de la muerte lo mismo que se habla de libro de la vida.

RESPUESTA A LAS OBJECIONES. 1. A lo primero, pues, hay que afirmar que algunos tratan las obras celestiales como las que se refieren a la vida contemplativa, y en cambio las obras terrestres como las de la vida activa; a través de ambas uno es inscrito en la vida, no en la muerte, y de esa manera ambas inscripciones pertenecen al libro de la vida, y ninguna de ellas al libro de la muerte. En cambio, otros por obras terrestres entienden las obras del pecado por las cuales, aunque uno hablando lisa y llanamente se ordene a la muerte, sin embargo accidentalmente uno se ordena a la vida, en cuanto que tras el pecado resurge más cauto y más humilde.- O incluso se puede decir mejor que, cuando se dice que algo se conoce 'por' medio de otra cosa, eso puede entenderse de una doble manera; la primera, que esa preposición (por) designe la causa del conocimiento por parte del cognoscente; y de lo que aquí se trata no puede entenderse de esa manera, ya que las obras buenas o malas que uno hace no son causa ni de la presciencia divina o predestinación ni de la condenación eterna. La segunda, que designe la causa por parte de lo conocido; y así debe entenderse en la presente cuestión; se dice, en efecto, que algo está anotado en la memoria de Dios por medio de las obras que realiza, no porque tales obras sean la causa por la que Dios conozca, sino porque Dios conoce que a causa de tales obras uno tendrá la muerte o la vida. De ahí que es patente que esa glosa no habla de la inscripción que pertenece al libro de la vida, la cual corresponde a Dios.

2. A lo segundo hay que decir que algunas cosas están escritas en un libro con el fin de que permanezcan en el conocimiento de manera perpetua; pero aquellos que son castigados, por medio de las mismas penas son alejados del conocimiento de los hombres, y por tanto no son inscritos excepto quizá por un tiempo, hasta el momento en que les es infligida la pena; en cambio aquellos que son considerados para las dignidades o premios son inscritos pura y simplemente, para que sean tenidos como en una memoria perpetua.



3. A lo tercero hay que afirmar que Dios no posee un conocimiento privilegiado de los condenados, como sí lo tiene de los predestinados, y por tanto no se trata de algo semejante.





## APÉNDICE

### ARTÍCULO 9

#### Si puede borrarse alguna cosa del libro de la vida

En noveno lugar se pregunta si algo puede borrarse del libro de la vida. Y parece que no.

OBJECIONES. 1. Respecto a *Apocalipsis* 3, 5, “No borraré su nombre del libro de la vida”, afirma la glosa: “El libro de la vida es la presciencia de Dios, en la que todas las cosas son permanentes”; no serían permanentes si fuesen susceptibles de ser borradas; por tanto, del libro de la vida no puede borrarse nada.

2. Además, de un libro no se borra algo más que por ser o superfluo o corrupto; pero en el libro de la vida nada es de ese tenor; luego nada puede borrarse de él.

3. Además, según el Filósofo en el libro III de *Sobre el alma*, nuestro intelecto “antes de entender es como una tabla en la que no hay nada escrito”; a partir de esta metáfora se dice que algo está escrito en el libro de la vida porque Dios lo entiende; pero el intelecto de Dios y su ciencia son invariables; comportando, pues, el borrar una variación, parece que del libro de la vida no puede ser borrado nada.

4. Pero podría decirse que algunos están inscritos en el libro de la vida pura y simplemente para poseer la gloria, y éstos no pueden ser suprimidos del libro de la vida; en cambio, otros están escritos a tenor de la justicia presente, y éstos están escritos según un cierto aspecto y pueden ser borrados.- Pero, por el contrario, la causa es más digna que el efecto; cuanto más digno es algo, tanto más invariable es; pero la gloria es efecto de la gracia; si, pues, aquellos que están escritos para poseer la gloria no pudieran ser borrados, parece que tampoco aquellos que están escritos para poseer la gracia, y de esa manera parece que nadie pueda ser borrado de allí.

5. Además, lo que está en algo está en ello a tenor del modo de la cosa en la que está; pero el libro de la vida es invariable; luego todos los que están escritos en el libro de la vida están allí escritos de modo invariable, y de esta manera nadie puede ser borrado de allí.



6. Pero podría replicarse que esa argumentación es válida respecto de aquéllos que están escritos en el libro de la vida pura y simplemente, pero no de aquéllos que están escritos a tenor de la justicia actual.- Pero, por el contrario, el libro de la vida es la divina “predestinación de aquéllos a los que se les concederá la vida eterna”, como afirma S. Agustín en el libro XX de *La ciudad de Dios*; pero la causa de la predestinación no son los méritos presentes ni tampoco siquiera los previstos; en consecuencia, no debe decirse que algunos están escritos en el libro de la vida a tenor de la justicia actual.

7. Además, no decimos que algunos son predestinados a tenor de la justicia presente; si, pues, el libro de la vida es la predestinación, como también sobre el texto de *Filipenses*, IV, 3, ‘cuyos nombres están en el libro de la vida’, sostiene la glosa: “esto es en la predestinación de Dios”, parece que no debe decirse que algunos están escritos a tenor de la justicia presente.

8. Además, Dios no conoce las cosas a través del modo de las cosas, sino según su propio modo; de ahí que del mismo modo conoce las cosas antes de que existan y después de que existan, y por eso se dice en *Eclesiástico* 23, 29: “A Dios nuestro Señor eran conocidas todas las cosas antes de que fueran creadas, y así también después de haber sido creadas las conoce todas”. Pero lo que se dice según la justicia actual, pertenece al modo en el que existe una cosa, cuyo ser sufre variación a tenor del presente, el pasado y el futuro; no se debe, por tanto, establecer aquí el modo del conocimiento divino para decir que alguno está escrito en el libro de la vida según la justicia presente, puesto que el libro de la vida pertenece al conocimiento divino, como se ha señalado.

9. Además, cuando se dice que alguno está escrito en el libro de la vida a tenor de la justicia presente, eso es dicho o bien en cuanto que en Dios existe el conocimiento de su justicia presente de manera absoluta, o bien en orden a la vida eterna que ha de poseer; si es de manera absoluta, entonces no se borra de ningún modo, ya que Dios nunca deja de tener conocimiento de la justicia presente de él; si, en cambio, es en orden a la gloria, jamás puede decirse que fue escrito en el libro de la vida, ya que Dios conocía de antemano que él mediante la justicia presente no tendría la vida eterna; en consecuencia, de ninguna manera puede decirse que quien está escrito en el libro de la vida según la justicia presente puede ser borrado de ahí.

10. Además, se escribe algo en un libro con el fin de que se tenga memoria; ahora bien, aquellos que no están predestinados a la vida Dios nos los tiene en la memoria, de la cual se dice: “será justo en la memoria eterna”; ésta pertenece, pues, al conocimiento de aprobación; por tanto, esos hombres determinados no están escritos en el libro de la vida, y de esa manera no puede decirse que sean borrados de ahí.

11. Además, como equivocarse o desfallecer lleva consigo un cambio en la predestinación o en la presciencia, igualmente ser borrado lleva consigo un cambio en el libro de la vida; pero de ninguna manera puede concederse que la presciencia divina pueda equivocarse o que la predestinación desaparezca o

falle; en consecuencia, tampoco de ningún modo debe concederse que algo pueda borrarse en el libro de la vida.

12. Podría replicarse, sin embargo, que esa argumentación es válida respecto de aquéllos que están lisa y llanamente escritos en el libro de la vida, pero no en cambio respecto de aquellos que están escritos de modo accidental.- Pero, por el contrario, el libro de la vida es un conocimiento divino, como más arriba se ha señalado; Dios no conoce nada bajo un aspecto, sino que conoce todo pura y simplemente; en consecuencia, no puede decirse que algunos están escritos en el libro de la vida bajo un cierto aspecto.

13. Además, S. Gregorio afirma, en su comentario al texto de *Isaías* 38, 1, 'Dispón tu casa', que "Dios, aunque cambie su decisión, jamás cambia su consejo"; por su parte, que alguien esté escrito en el libro de la vida parece que pertenece al consejo de Dios; por tanto, quienes están escritos de ninguna manera pueden ser borrados.

14. Además, parece ser propio de la misma razón que alguien sea escrito nuevamente en el libro de la vida y que, después de ser escrito, sea borrado, ya que lo mismo que algunos justos pierden la gracia, igualmente también algunos pecadores se convierten a la justicia. Pero no parece conveniente poder afirmar que alguien sea escrito de nuevo en el libro de la vida, ya que nada nuevo puede existir en Dios; por tanto, tampoco parece que alguien que esté escrito pueda ser borrado de allí.

15. Además, la gracia es signo de la vida eterna que se ha de tener, lo cual es patente por aquello que se señala en *II Corintios* 1, 21: "El que nos marcó con su sello y nos ungió", etc.; tal signo sería falso si alguien poseyendo la gracia no llegase a tener la gloria. Como, por tanto, los signos divinamente infundidos no pueden ser falsos, parece que todo el que posee la gracia poseerá la gloria, y de esa manera también quien está escrito en el libro de la vida según la justicia presente no puede ser borrado.

POR EL CONTRARIO. 1. Está lo que se dice en el *Salmo* 68, 29: "Sean borrados del libro de los vivientes", etc.

2. Además, en *Exodo* 32, 33 el Señor afirma: "El que pecare contra mí, le borraré de mi libro"; pero muchos pecan; luego muchos son borrados del libro.

3. Además, aquello cuyo contrario es imposible que exista, en vano es prometido a alguien como premio; no puede, en efecto, decirse que es un premio del hombre el hecho de que sea animal. Pero no ser borrado del libro de la vida es prometido como premio; se dice, en efecto, en *Apocalipsis* 3, 5: "Al que venciere, será vestido con vestiduras blancas y no borraré su nombre del libro de la vida"; por tanto, no es imposible que alguno sea borrado del libro de la vida.



4. Además, según *Lucas* 10, 20, el Señor dijo a los discípulos: “Alegraos porque vuestros nombres están escritos en los cielos”; y sin embargo algunos dieron un paso atrás, como se sostiene en *Juan*, 6, 67, y especialmente Judas, de quien se dice en *Hechos* 1, 25 que ‘se fue a su lugar’, y la glosa señala “esto es, al infierno”; luego algunos escritos en el libro de la vida son borrados.

5. Se podría replicar que el Señor afirmó que aquellos discípulos que dieron un paso atrás estaban escritos en los cielos, no porque lo estuviesen según la verdad de las cosas, sino según su opinión.- Pero, por el contrario, la alegría que no versa sobre la verdad sino solamente sobre aquello que pertenece a la opinión es una alegría vana; ahora bien, el Señor no habría invitado a sus discípulos a una alegría vana y sin embargo les dijo: “alegraos porque vuestros nombres están escritos en los cielos”, etc.; por tanto, no estaban escritos sólo según la opinión sino según la verdad de las cosas.

6. Además, en el *Apocalipsis* 3, 11 se dice: “Mantén lo que tienes para que otro no reciba tu corona”; ahora bien, en vano se diría esto salvo que alguno no pudiese perder la corona. Esta corona es la vida eterna; luego también aquellos que están escritos que poseerán la vida eterna pueden perderla.

7. Además, la oración no se hace con respecto de aquello que es necesario; en efecto, no rezamos por aquéllos a los que es imposible pecar, como los que están en el cielo; pero la Iglesia reza para que algunos no sean borrados del libro de la vida, como se dice en una oración: “que el libro de la bienaventurada predestinación conserve escritos los nombres de todos los fieles vivos y difuntos”; por tanto, es posible que los nombres de algunos allí escritos puedan ser borrados.

8. Además, cuando se dice que alguien puede ser borrado o escrito en el libro de la vida no hay que referirlo a la potencia humana sino a la divina; en efecto, la escritura del libro de la vida no está sujeta a la potencia del hombre, sino sólo a la potencia divina. Ahora bien, Dios puede borrar del libro de la vida también a los predestinados; puede, en efecto, no hacer que sean salvos, puesto que los salva mediante la sola gracia; por consiguiente parece que hay que conceder lisa y llanamente que alguien pueda ser borrado del libro de la vida.

9. Además, el conocimiento del libro de la vida pertenece a la ciencia de visión. Ahora bien, hablando de esta ciencia, Dios puede saber algo que no sabe; puede, en efecto, hacer algo que no hará; por tanto, por la misma razón pueden ser escritos en el libro de la vida quienes todavía no han sido escritos, o ser borrados los que están escritos.

10. Además, el que está escrito en el libro de la vida, poseyendo el libre arbitrio no confirmado, puede pecar mortalmente y morir inmediatamente después del pecado siendo mortal; por tanto, puede condenarse, y así puede ser inscrito en el libro de la vida, porque como se dice en *Apocalipsis* 20, 15 “el que no se encuentre escrito en el libro de la vida es enviado al estanque de

fuego y azufre”; y de esta manera parece que alguien puede ser borrado del libro de la vida.

RESPUESTA. Hay que afirmar que a esta cuestión añade dificultad el hecho de que por un lado muchos textos de la Sagrada Escritura afirman expresamente que algunos pueden ser borrados del libro de la vida; pero por otro lado ese borrar parece llevar consigo un cambio en el libro de la vida, que sin embargo es necesario establecer como algo increado, como se ha demostrado más arriba. Por eso, algunos han dicho que algunos se dicen ser borrados del libro de la vida no porque antes hubieran sido escritos en él y después dejen de estar escritos, sino porque estaban escritos según su opinión y la de otros hombres, si bien no según la verdad; y se dice entonces que son borrados cuando se hace manifiesto que ellos no estaban escritos en el libro de la vida; tienen en su favor una cierta glosa sobre el texto del *Salmo* 68, 29 ‘Sean borrados del libro de la vida’, que expresamente parece decir eso. Y ello es también necesario decirlo si establecemos que ser escrito en el libro de la vida no es otra cosa que estar predestinado a la vida, como alguna glosa y algunos textos de los santos interpretan el hecho de estar escrito en el libro de la vida. Pero puesto que los textos de la Sagrada Escritura parecen hacer una mención expresa del susodicho borrar, y además sería vano el gozo del hecho de estar escrito en el libro de la vida si se refiriese sólo a la opinión de los hombres, como se ha aludido en las objeciones, por eso comúnmente se distingue entre los que se dice que están escritos en el libro de la vida según la predestinación divina, y éstos están escritos pura y simplemente y de modo indeleble; y otros, en cambio, a tenor de la justicia presente, y éstos están escritos en un cierto aspecto y de modo deletable. Podemos entender esta distinción, de la que depende toda la dificultad de la cuestión, de tres maneras.

En primer lugar, puesto que estar escrito en el libro de la vida se dice con respecto a la vida eterna, de modo tal que se entienda que está escrito en el libro de la vida aquel que Dios conoce que tendrá la vida eterna; ahora bien, la vida eterna es poseída por alguien de doble modo; de un modo, pura y simplemente, y de otro, bajo un cierto aspecto. Pura y simplemente se posee por aquéllos que la tienen en la realidad, como los bienaventurados; bajo un cierto aspecto, en cambio, por aquéllos que la poseen en la esperanza y en el mérito —se dice, en efecto, que una cosa existe pura y simplemente cuando existe en sí misma, y en cambio bajo un cierto aspecto cuando existe solamente en su causa—. Así pues, cuando Dios sabe que alguien tendrá la vida eterna en la realidad, sabe que él tendrá la vida eterna pura y simplemente; y puesto que el libro de la vida es el conocimiento de Dios sobre la vida eterna de alguien, se sigue que ése está escrito en el libro de la vida pura y simplemente; y como el conocimiento de Dios no puede equivocarse, igualmente tampoco alguien escrito en el libro de la vida puede ser borrado. En cambio, cuando Dios sabe que alguien tendrá o tiene la vida eterna solamente en la esperanza y en el



mérito, sabe que él tendrá la vida eterna bajo un cierto aspecto, y por eso se dice que ése está escrito en el libro de la vida bajo un cierto aspecto, es decir, según la justicia presente, y cuando decae de la justicia presente en la que poseía la vida eterna como en su causa, decae del orden que tenía a la vida eterna, y de esa manera decae de estar escrito en el libro de la vida no por un cambio de éste sino suyo.

En segundo lugar, esa distinción puede entenderse mediante una cierta metáfora; en efecto, el libro por su escritura es representativo de aquellas cosas que se dice que están escritas en el libro; por eso, en cuanto que la vida del hombre espiritual está representada en Dios, se dice que el hombre está escrito en el libro de la vida. Ahora bien, la representación, es decir, la semejanza de las cosas en Dios es doble; de una manera, por modo de ciencia, lo mismo que también en nosotros la semejanza de un artefacto está en la mente del artífice, y de otra manera, por modo de naturaleza, lo mismo que el hijo del artífice se asemeja a él en naturaleza; Dios, en efecto, tiene ciencia de las criaturas la cual estriba en la semejanza de las cosas conocidas, y además todas las criaturas se asemejan a Dios en cuanto son y son buenas. Así, pues, puede decirse que uno está escrito en el libro de la vida de un doble modo; uno, porque Dios tiene ciencia de su vida eterna, a saber, que la tendrá, y escrito de esa manera en el libro de la vida no puede borrarse, como tampoco puede equivocarse la presciencia de Dios; otro modo, en cuanto que alguien imita la vida eterna de Dios, la cual ciertamente uno imita también por el hecho de tener la gracia, ya que mediante la vida de la gracia uno se configura a la vida divina, configuración que alguien pierde por el hecho de perder la gracia; por eso uno que está escrito de esa manera en el libro de la vida puede ser borrado sin que por ello cambie el libro de la vida, mediante un cambio sólo suyo, como también un hombre deja de ser semejante a otro por un cambio suyo propio sin cambio de éste.

En tercer lugar, esa distinción puede entenderse considerando que Dios posee una ciencia invariable sobre las cosas variables; en efecto, las cosas que varían según el presente, el pasado y el futuro, Dios las conoce de una y misma manera; por ello, no existe inconveniente si en alguna proposición perteneciente a la ciencia divina ocurre alguna variación que pertenezca a la variación de lo escible y no a la variación del sabedor; al igual que si se dice que Dios conoció con precedencia algunas cosas que ahora no conoce, y que Dios sabe que nacerá uno, que con posterioridad no sabrá que nacerá; esto se dice, en efecto, porque las cosas sabidas por Dios que antes eran futuras, después no son futuras. Por otro lado, cuando se dice que alguien está escrito en el libro de la vida no se dice otra cosa, como es claro por lo determinado arriba, que Dios sabe que está ordenado tener la vida eterna, a semejanza del hecho de que algunos se dicen que están adscritos a la milicia o a un empleo civil. Ahora bien, uno está ordenado a la vida eterna, lo cual significa que poseerá la vida eterna, de una doble manera; de un modo, por la causa eterna e inmutable, es decir, por la misma predestinación divina, de otro modo, por una causa

temporal y variable, es decir, por la justicia presente. Se dice, por tanto, que alguien está escrito en el libro de la vida o bien por el hecho de que Dios sabe que él tendrá la vida eterna a partir del ordenamiento de la predestinación, y esto es estar lisa y llanamente escrito en el libro de la vida, y esa escritura no puede borrarse; o bien por el hecho de que Dios sabe que alguien tendrá la vida eterna a partir del orden de la justicia presente, orden que puede fallar, y a tenor de esto alguien puede tener ahora la vida eterna y no tenerla posteriormente, lo mismo que algo que es futuro después no lo será. Por eso, lo mismo que sin el juicio previo de la inmutabilidad divina se dice que Dios conoció que algo es futuro que ahora no conoce que es futuro, igualmente sin el previo juicio de la misma se dice que Dios supo que alguien tendría la vida eterna mientras que ahora no sabe que la tendrá, y en esto estriba el que alguien escrito en el libro de la vida a tenor de justicia presente, pueda ser borrado de él.

(Faltan las respuestas a las objeciones).





## CUADERNOS DE ANUARIO FILOSÓFICO

### SERIE UNIVERSITARIA

Los números que no constan en la lista se encuentran agotados

- Nº 1 José María Ortiz Ibarz, *Del sufrimiento a la virtud. Fundamentación de la Ética en Schopenhauer* (1991), (1995, 2ª ed.)
- Nº 2 Angel Luis González, *El Absoluto como «causa sui» en Spinoza* (1992), (1996, 2ª ed.), (2000, 3ª ed.)
- Nº 3 Rafael Corazón, *Fundamentos y límites de la voluntad. El libre arbitrio frente a la voluntad absoluta* (1992), (1999, 2ª ed. corregida)
- Nº 4 Nicolás de Cusa, *El Possest*. Introducción, traducción y notas de Angel Luis González (1992), (1998, 2ª ed.)
- Nº 9 Nicolás de Cusa, *La cumbre de la teoría*. Introducción, traducción y notas de Angel Luis González (1993) (1998, 2ª ed.)
- Nº 12 Blanca Castilla, *Las coordenadas de la estructuración del yo. Compromiso y Fidelidad según Gabriel Marcel* (1994), (1999, 2ª ed.)
- Nº 18 Rafael Corazón, *Las claves del pensamiento de Gassendi* (1995)
- Nº 20 Enrique R. Moros, *El argumento ontológico modal en Hartshorne y Malcolm* (1995)
- Nº 22 René Descartes, *Dios: su existencia*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de José Luis Fernández-Rodríguez (2001, 2ª ed.)
- Nº 23 Lucio Anneo Séneca, *A su madre Helvia. Consolación*. Texto bilingüe, introducción y notas de Concepción Alonso del Real (1995)
- Nº 24 Nicolás de Cusa, *Apología de la docta ignorancia*. Juan Wenck, *La ignorada sabiduría*. Introducción, traducción y notas de S. Sanz (1995)
- Nº 27 Tomás de Aquino, *El bien*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de Jesús García López (1996)
- Nº 29 Alfredo Rodríguez Sedano, *El argumento ontológico en Fénelon* (1996)
- Nº 35 Descartes, *Dios. Su naturaleza*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de José Luis Fernández Rodríguez (2001, 2ª ed.)
- Nº 40 Caridad Velarde, *Liberalismo y liberalismos* (1997)
- Nº 41 Alfredo Rodríguez, *La prueba de Dios por las ideas en Fénelon* (1997)
- Nº 46 Fernando Haya, *La fenomenología metafísica de Edith Stein: una glosa a "Ser finito y ser eterno"* (1997)
- Nº 48 Ricardo Yepes, *La persona y su intimidad*, edición a cargo de Javier Aranguren (1997), (1998, 2ª ed.)
- Nº 49 José Mª Barrio, *Moral y democracia. Algunas reflexiones en torno a la ética consensualista* (1997)
- Nº 52 Ignasi Miralbell, *Duns Escoto: la concepción voluntarista de la subjetividad* (1998)
- Nº 53 Santiago Orrego, *El ser como perfección en el pensamiento de Tomás de Aquino* (1998)
- Nº 54 Carlos A. Casanova, *Participación y causalidad en Aristóteles* (1998)
- Nº 55 David Hume, *Dios*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de José Luis Fernández-Rodríguez (1998) (2001, 2ª ed.)
- Nº 56 Ignacio Miralbell, *Guillermo de Ockham y su crítica lógico-pragmática al pensamiento realista* (1998)
- Nº 57 Sergio Sánchez-Migallón, *Un esbozo de ética filosófica* (1998)
- Nº 58 Mercedes Rubio, *Los límites del conocimiento de Dios según Alberto Magno* (1998)





- Nº 59 Nicolás Malebranche, *Dios (I)*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de José Luis Fernández-Rodríguez (1998)
- Nº 60 Leonardo Polo, *La voluntad y sus actos (II)* (1998)
- Nº 62 Nicolás Malebranche, *Dios (II)*. Selección de textos, introducción, traducción y notas de José Luis Fernández-Rodríguez (1998)
- Nº 64 Nicolás de Cusa, *Diálogos del idiota*. Introducción y traducción de Angel Luis González (1998), (2000, 2ª ed.)
- Nº 68 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro VI de la Metafísica de Aristóteles. De qué manera la metafísica debe estudiar el ente*. Traducción y edición de Jorge Morán (1999)
- Nº 69 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro VII de la Metafísica de Aristóteles*. Prólogo, traducción y edición de Jorge Morán (1999)
- Nº 70 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro VIII de la Metafísica de Aristóteles. Los principios de las substancias sensibles*. Prólogo, traducción y edición de Jorge Morán (1999)
- Nº 71 Ignacio Falgueras Salinas, *Perplejidad y Filosofía Trascendental en Kant* (1999)
- Nº 72 Rafael Corazón González, *Fundamentos para una filosofía del trabajo* (1999)
- Nº 74 José Ignacio Murillo, *El valor revelador de la muerte. Estudio desde Santo Tomás de Aquino* (1999)
- Nº 75 Ana Marta González, *El Faktum de la razón. La solución kantiana al problema de la fundamentación de la moral* (1999)
- Nº 76 Mónica González Sáez, *Voluntad de poder y arte. Una aproximación a la metafísica de Nietzsche a través de Heidegger* (1999)
- Nº 77 Leibniz / Bayle, *Correspondencia filosófica*. Introducción y traducción de Mª Socorro Fernández-García (1999)
- Nº 78 Tomás de Aquino, *De veritate, cuestión 21. Sobre el bien*, Introducción, traducción y notas de Juan Fernando Sellés (1999)
- Nº 79 George Berkeley, *Dios*. Introducción, selección de textos y traducción de José Luis Fernández-Rodríguez (1999)
- Nº 80 Rafael Tomás Caldera, *Sobre la naturaleza del amor* (1999)
- Nº 81 Rafael Tomás Caldera, *La primera captación intelectual* (1999)
- Nº 82 Francisco Molina, *La sindéresis* (1999)
- Nº 83 Friedrich D. E. Schleiermacher, *Los discursos sobre hermenéutica*. Introducción, traducción y edición bilingüe de Lourdes Flamarique (1999)
- Nº 86 Aranzazu Albertos San José, *Crítica de Amartya Sen a la economía utilitarista* (1999)
- Nº 87 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 15. Acerca de la razón superior e inferior*. Introducción, traducción y notas de Ana Marta González (1999)
- Nº 88 Jesús García López, *Fe y Razón* (1999)
- Nº 89 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 13. Tratado sobre el arrebató místico*. Introducción, traducción y notas de Ezequiel Téllez (1999)
- Nº 90 Juan Fernando Sellés, *La virtud de la prudencia según Tomás de Aquino* (1999)
- Nº 91 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 19. Sobre el conocimiento del alma tras la muerte*. Introducción, traducción y notas de José Ignacio Murillo (1999)
- Nº 92 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro IV de la Metafísica de Aristóteles*. Prólogo, traducción y edición de Jorge Morán (1999)
- Nº 94 Jesús García López, *Elementos de metodología de las ciencias* (1999)
- Nº 95 Mª Elvira Martínez Acuña, *Teoría y práctica política en Kant. Una propuesta de encaminamiento hacia la paz y sus límites* (2000)
- Nº 96 Tomás Melendo Granados, *Esbozo de una metafísica de la belleza* (2000)



- Nº 97 Antonio Schlatter Navarro, *El liberalismo político de Charles Taylor* (2000)
- Nº 98 Miguel Ángel Balibrea, *La realidad del máximo pensable. La crítica de Leonardo Polo al argumento de San Anselmo* (2000)
- Nº 99 Nicolás de Cusa, *El don del Padre de las luces*. Introducción, traducción y notas de Miguel García González (2000)
- Nº 100 Juan José Padial, *La antropología del tener según Leonardo Polo* (2000)
- Nº 101 Juan Fernando Sellés, *Razón Teórica y Razón Práctica según Tomás de Aquino* (2000)
- Nº 102 Miguel Acosta López, *Dimensiones del conocimiento afectivo. Una aproximación desde Tomás de Aquino* (2000)
- Nº 103 Paloma Pérez Ilzarbe y Raquel Lázaro (Eds.), *Verdad, Bien y Belleza. Cuando los filósofos hablan de valores* (2000)
- Nº 104 Valle Labrada, *Funciones del Estado en el pensamiento iusnaturalista de Johannes Messner* (2000)
- Nº 105 Patricia Moya, *La intencionalidad como elemento clave en la gnoseología del Aquinate* (2000)
- Nº 106 Miguel Ángel Balibrea, *El argumento ontológico de Descartes. Análisis de la crítica de Leonardo Polo a la prueba cartesiana* (2000)
- Nº 107 Eduardo Sánchez, *La esencia del hábito según Tomás de Aquino y Aristóteles* (2000)
- Nº 108 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 2. La ciencia de Dios*. Traducción de Ángel Luis González (2000)
- Nº 109 Rafael Mies Moreno, *La inteligibilidad de la acción en Peter F. Drucker* (2000)
- Nº 110 Jorge Mittelman, *Pensamiento y lenguaje. El Cours de Saussure y su recepción crítica en Jakobson y Derrida* (2000)
- Nº 111 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 26. Las pasiones del alma*. Introducción, traducción y notas de Juan Fernando Sellés (2000)
- Nº 112 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro V de la Metafísica de Aristóteles*. Introducción, traducción y edición de Jorge Morán (2000)
- Nº 113 María Elton, *La is-ought question. La crítica de T. Reid a la filosofía moral de D. Hume* (2000)
- Nº 114 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 5. La providencia*. Traducción de Ángel Luis González (2000)
- Nº 115 Tomás de Aquino, *Sobre la naturaleza de la materia y sus dimensiones indeterminadas*. Introducción, texto bilingüe y notas de Paulo Faitanin (2000)
- Nº 116 Roberto J. Brie, *Vida, psicología comprensiva y hermeneútica. Una revisión de categorías diltheyanas* (2000)
- Nº 117 Jaume Navarro Vives, *En contacto con la realidad. El realismo crítico en la filosofía de Karl Popper* (2000)
- Nº 118 Juan Fernando Sellés, *Los hábitos adquiridos. Las virtudes de la inteligencia y la voluntad según Tomás de Aquino* (2000)
- Nº 119 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 6. La predestinación*. Traducción de Ángel Luis González (2000)
- Nº 120 Consuelo Martínez Priego, *Las formulaciones del argumento ontológico de Leibniz*. Recopilación, traducción, comentario y notas de Consuelo Martínez Priego (2000)
- Nº 121 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 25. Acerca de la sensualidad*. Introducción, traducción y notas de Juan Fernando Sellés (2001)
- Nº 122 Jorge Martínez Barrera, *La política en Aristóteles y Tomás de Aquino* (2001)





- Nº 123 Héctor Velázquez Fernández, *El uno: sus modos y sentidos en la Metafísica de Aristóteles* (2001)
- Nº 124 Tomás de Aquino, *De Potentia Dei, cuestiones 1 y 2. La potencia de Dios considerada en sí misma. La potencia generativa en la divinidad*. Introducción, traducción y notas de Enrique Moros y Luis Ballesteros (2001)
- Nº 125 Juan Carlos Ossandón, *Felicidad y política. El fin último de la polis en Aristóteles* (2001)
- Nº 126 Andrés Fuertes, *La contingencia en Leibniz* (2001)
- Nº 127 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 4. Acerca del Verbo*. Introducción y traducción de M<sup>a</sup> Jesús Soto Bruna (2001)
- Nº 128 Tomás de Aquino, *De Potentia Dei, cuestión 3. La creación*. Introducción, traducción y notas de Ángel Luis González y Enrique Moros (2001)
- Nº 129 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 12. Sobre la profecía*. Traducción y notas de Ezequiel Téllez (2001)
- Nº 130 Paulo Faitanin, *Introducción al 'problema de la individuación' en Aristóteles* (2001)
- Nº 131 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 22. El apetito del bien*. Introducción, traducción y notas de Juan Fernando Sellés (2000)
- Nº 132 Héctor Velázquez Fernández, *Lo uno y lo mucho en la Metafísica de Aristóteles* (2001)
- Nº 133 Luz Imelda Acedo Moreno, *La actividad divina inmanente* (2001)
- Nº 134 Luz González Umeres, *La experiencia del tiempo humano. De Bergson a Polo* (2001)
- Nº 135 Paulo Faitanin, *Ontología de la materia en Tomás de Aquino* (2001)
- Nº 136 Ricardo Oscar Díez, *¿Si hay Dios, quién es? Una cuestión planteada por San Anselmo de Cantorbery en el Proslogion* (2001)
- Nº 137 Julia Urabayen, *Las sendas del pensamiento hacia el misterio del ser. La filosofía concreta de Gabriel Marcel* (2001)
- Nº 138 Paulo Sergio Faitanin, *El individuo en Tomás de Aquino* (2001)
- Nº 139 Genara Castillo, *La actividad vital humana temporal* (2001)
- Nº 140 Juan A. García González, *Introducción a la filosofía de Emmanuel Levinas* (2001)
- Nº 141 Rosario Athié, *El asentimiento en J. H. Newman* (2001)
- Nº 142 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 10. La mente*. Traducción de Ángel Luis González (2001)
- Nº 143 Francisca R. Quiroga, *La dimensión afectiva de la vida* (2001)
- Nº 144 Eduardo Michelena Huarte, *El confín de la representación. El alcance del arte en A. Schopenhauer I* (2001)
- Nº 145 Eduardo Michelena Huarte, *El mundo como representación artística. El alcance del arte en A. Schopenhauer II* (2001)
- Nº 146 Raul Madrid, *Sujeto, sociedad y derecho en la teoría de la cultura de Jean Baudrillard* (2001)
- Nº 147 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 14. La fe*. Introducción, traducción y notas de Santiago Gelonch y Santiago Argüello (2001)
- Nº 148 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 23. Sobre la voluntad de Dios*. Introducción, traducción y notas de M<sup>a</sup> Socorro Fernández (2002)
- Nº 149 Paula Lizarraga y Raquel Lázaro (Eds.), *Nihilismo y pragmatismo. Claves para la comprensión de la sociedad actual* (2002)
- Nº 150 Mauricio Beuchot, *Estudios sobre Peirce y la escolástica* (2002)
- Nº 151 Andrés Fuertes, *Prometeo: de Hesíodo a Camus* (2002)
- Nº 152 Héctor Zagal, *Horismós, syllogismós, asápheia. El problema de la obscuridad en Aristóteles* (2002)



- Nº 153 Fernando Domínguez, *Naturaleza y libertad en Guillermo de Ockham* (2002)
- Nº 154 Tomás de Aquino, *Comentario al Libro XI de la Metafísica de Aristóteles. Traducción y notas de Jorge Morán* (2002)
- Nº 155 Sergio Sánchez-Migallón, *El conocimiento filosófico en Dietrich von Hildebrand* (2002)
- Nº 156 Tomás de Aquino, *De Veritate, cuestión 7. El libro de la vida. Traducción de Ángel Luis González* (2002)





